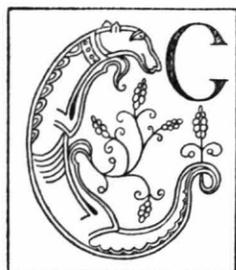


EDITORIAL



UANDO en el año 1401 concebía el Arzobispo D. Diego de Anaya y Maldonado las líneas fundamentales del Colegio Mayor de San Bartolomé, de Salamanca, la historia universitaria española inició la fase primera de su rumbo ascensional.

A partir de entonces la vida cultural de España habría de sentir la beneficiosa repercusión de aquella reforma. La eficacia de esta transformación tradújose en la necesidad de imitar su ejemplo. Así, en la misma ciudad de Salamanca aparecieron tres nuevos Colegios Mayores, a los que se designó con el nombre de Cuenca, de Oviedo y del Arzobispo. En Valladolid se fundó el llamado de Santa Cruz, y en Alcalá, el de San Ildefonso.

Desde entonces, y a través del tiempo, la tradición de nuestros Colegios Mayores traza la trayectoria del máximo esplendor universitario. El espíritu con que se fundó el que tenía más alto rango de antigüedad, demuestra el sentido profundamente cristiano de estas instituciones. Porque para crear el Colegio de San Bartolomé, el Arzobispo Anaya escogió un reducido número de estudiantes a los que habría de facilitar algunas de las casas que se hallaban frente al Palacio Arzobispal, siempre que aquéllos reuniesen la triple cualidad de ser virtuosos, honrados y faltos de medios de fortuna.

Representaba esto, no sólo un deseo de protección a la virtud moral de la pobreza, sino el estímulo de los más nobles atributos del espíritu humano. Había que ser estudiante para poder convertirse en colegial de San Bartolomé; pero era preciso, además, que una conducta de bondad y de rectitud ejemplares justificase este galardón.

Se ha exagerado, a través de todos los géneros literarios, la moral del estudiante universitario salmantino de los siglos XV y XVI. Pero, salvando las notas más agudas de este extremismo literario, queda latente un fondo de verdad: el de que entonces, como en todos los tiempos, había escolares que pensaban—con la petulante ingenuidad con que piensa la juventud—, que el cultivo de la inteligencia nada tenía que ver con el cuidado y desarrollo de otras parcelas del espíritu.

Contra esto se alzó no sólo la arquitectura física, sino la inmensa dimensión espiritual del primer Colegio Mayor de Salamanca. La moral de la juventud era y es, en efecto, tanto o más importante que su educación intelectual. Y a este cuidado se consagraron los Colegios Universitarios de España con un celo escrupuloso que contribuía a completar así la formación docente que nuestras juventudes recibían en aquellas viejas aulas imperiales.

La fecundidad de su misión está recogida por un comentarista imparcial con estas palabras: "Tan crecido número de varones ilustres (han producido), que por sí solos, cuando no hubiere otros en las Universidades y en el retiro de los claustros, bastarían a hacer célebre, entre todas las de Europa, nuestra nación española y a vindicarla de ser sus naturales poco aplicados al cultivo de las ciencias." En efecto, un doble fin cumplían aquellas instituciones. No sólo se trataba de que los colegiales se licenciasen o graduasen de doctores en cualquier clase de disciplina universitaria. Se tendía, además, a que aquellos recintos fuesen como bastiones inexpugnables donde la Fe católica daba, en los dominios del pensamiento, guerra sin cuartel contra los representantes del error.

Hoy, España ha recuperado el mismo brío espiritual de una de sus mejores épocas históricas. Por eso ha proclamado que la formación exclusivamente científica del individuo es de una imposibilidad metafísica comparable a la de una inteligencia concebida como valor independiente del mundo de lo moral. Acaso a esta aberración pudo llegarse a través de un período de supremo fracaso espiritual que culminó en la decadencia política del liberalismo. Fué la época en la que, al amparo de la llamada ciencia pura, se cometían las más tremendas profanaciones de la razón a las que ha podido llegar la torcida inteligencia de los hombres.

Pero ya no hay ámbitos acotados donde los principios de un imperativo moral puedan considerarse inaplicables. España quiere formar inteligencias que la sirvan en esta hora crucial de su historia. Y necesita a la vez espíritus que sientan hondamente toda la grandeza moral de la responsabilidad que pesa sobre cada individuo. En esta última dimensión, en la que se pretende abarcar la vida entera y el pensamiento unánime de cada escolar en una educación íntegra de su espíritu, la Universidad tenía que revivir sus antiguos Colegios Mayores, para recuperar otra vez su misión de grabar en nuestra juventud las verdades eternas de la Fe.

Pero para derrocar el viejo edificio de la Universidad anárquica que nos legó el liberalismo había que dar el primer combate en un frente que por incoercible e impreciso era de más difícil vulnerabilidad. Porque si dar nueva estructura a la organización de las disciplinas científicas universitarias es siempre una árdua tarea, cambiar el espíritu de la Universidad dándole un contenido nacional de servicio a la Patria e infundiéndola el hondo carácter religioso que ha sido el nervio fecundo de España en sus empresas imperiales, equivale a consumir sobre las ruinas de la decadente Universidad ochocentista la más decisiva y enérgica de las Revoluciones.

El Ministro de Educación Nacional acomete de este modo la ingente tarea de la reforma universitaria bajo este afán de supremo sentido religioso. España se esfuerza en reconquistar así el significado teológico y eterno de su cultura.